

LOUISE FEIN

# LA HIJA DEL REICH

Un amor imposible los cambiará  
para siempre



LOUISE FEIN

LA HIJA DEL REICH

Traducción de Juanjo Estrella



Título original: *People Like Us*

© Louise Fein, 2019

© por la traducción, Juan José Estrella González, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-670-6077-5

Depósito legal: B. 14.939-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

—¡*La metamorfosis!* —exclama el doctor Kreitz—. Así es como se titula el libro. —Con gran floritura, levanta bien alto su ejemplar y agita las páginas—. ¿Alguien puede decirme qué significa esa palabra? —Se apoya en su escritorio. Lleva las mangas dobladas hasta los codos.

De nuestros pupitres de madera, en nuestra nueva aula del colegio, no sale el menor sonido.

Adiós a la polvorienta, caótica escuela de primaria. Su patio pequeño, negro como el carbón, y sus niños ariscos son ya un recuerdo lejano desde que empezaron las largas vacaciones de verano. En el colegio todo son arcos y eco en los pasillos. En el centro, una gran sala de techos elevados, con vigas a la vista, bajo un imponente tejado abuhardillado, rojo. Aquí, los profesores son más altos, más inteligentes, más estrictos. Quizá sí, quizá yo obtuviera mejor puntuación en el examen de ingreso que Karl hace tres años, cuando se presentó a él, con once cumplidos, que son los mismos que tengo yo ahora. Sin embargo, ahora que ya estoy dentro, no me siento nada lista.

—¿Significa «transformación»? —pregunta alguien desde el fondo, rompiendo el silencio.

Me vuelvo y veo a una niña de pelo negro, muy rizado, que se parece un poco al mío.

—Su nombre, por favor —le solicita el doctor Kreitz echando un poco la cabeza hacia delante, con los ojos muy saltones. Me recuerda a una rana.

—Freda Federmann —responde la muchacha con aplomo.

—Estupendo. Sí, Freda —dice con entusiasmo el doctor Kreitz—. Transformación. Renacimiento. Conversión. Viene del griego *metamorphoun*, «transformar». —Empieza a pasearse de un lado a otro—. Estudiar a los griegos y los romanos —declara— nos enseña todo lo que debemos saber sobre la condición humana.

—Freda Federmann es judía —oigo que le susurra alguien a su compañera de pupitre detrás de mí. Pero en realidad lo dice en voz tan alta que el profesor debe de haberlo oído. Aun así, no da muestras de ello. Al pasar por delante de su mesa, recoge un libro.

El profesor es estrecho de hombros y tiene una barriga prominente. Lleva media camisa por fuera de los pantalones y la corbata torcida. Resulta evidente que la escuela, reconocida por impartir una buena educación clásica, lo ha escogido por sus conocimientos y su mente privilegiada, y no por su aspecto físico.

—Franz Kafka —prosigue, mirando fijamente el techo, como si de un momento a otro fuera a ver al autor colgado de las vigas—. Qué hombre tan genial y divertido. Escuchad esto.

Pasa algunas páginas vigorosamente, y el pelo se le mueve. Empieza a leer mientras con sus pasos va describiendo un circuito lento por el aula. Con voz hipnótica nos cuenta la historia de Gregorio, el viajante que despierta una mañana convertido en una criatura con aspecto de insecto.

La luz se cuela por las ventanas alargadas, rectangulares, muy elevadas respecto al suelo del aula. Adolf Hitler nos contempla a todos desde el inmenso retrato que cuelga sobre la pizarra. La voz del doctor Kreitz asciende, desciende, se difumina y resuena. Mientras contemplo ese retrato, la cara de Hitler parece hincharse y moverse. Me



mira sin parpadear, pero estoy segura de que se le han separado los labios, de que los ha arqueado, como si en cualquier momento fuera a sonreír y a bajarse del cuadro, a decir: «Ja, ja, ja, menuda broma, yo estaba aquí desde el principio».

Sólo que no lo hace, claro, y yo aparto la vista. Karl dice que tengo demasiada imaginación. El corazón me da un vuelco, y me pregunto si tendrá razón.

El doctor Kreitz sigue leyendo. Yo evito mirar el retrato de Hitler y, en lugar de eso, me dedico a estudiar el perfil de la niña que se sienta a mi lado. Alta y elegante, lleva el pelo largo, color caoba, peinado en dos trenzas poco apretadas que le caen por encima de los hombros. La cara es pálida y está tan bien formada que podría haber sido tallada con cincel sobre el mejor de los mármoles. Mantiene la barbilla levantada mientras observa el deambular del doctor Kreitz. Al notar que la miro, se vuelve y me clava sus ojos verdes algo rasgados.

—Hola —me susurra—. Me llamo Erna Bäcker.

Una sonrisa fugaz asoma a sus labios.

—Yo soy Hetty Heinrich —le respondo, consciente hasta el dolor de mi pelo negro, encrespado, de mis ojos grandes, de mis mejillas demasiado redondas.

Erna Bäcker es, simplemente, la criatura más cautivadora que he visto en mi vida.

En ese momento, alguien llama a la puerta, y la lectura del doctor Kreitz se detiene en seco.

—*Heil Hitler!* —saluda herr Hofmann a la clase.

—*Heil Hitler!* —respondemos todos.

—Director —lo saluda el doctor Kreitz carraspeando ligeramente—, es un placer contar con su presencia.

Herr Hofmann se adelanta un poco más hasta quedar frente a todos nosotros.

—Bienvenidos a nuestro maravilloso colegio —dice sonriendo—. Para llegar hasta aquí, todos habéis hecho las

cosas muy bien. Pero eso es sólo el principio. Durante vuestra permanencia en el centro, si trabajáis duro y os comportáis de modo intachable, alcanzaréis la excelencia. Y eso no lo digo sólo para los alumnos, sino también para las alumnas. A su debido tiempo, llegaréis a ser magníficos miembros de nuestro gran y nuevo Reich. Estoy convencido de que haréis que vuestros padres, y nuestra escuela, se sientan orgullosos de vosotros. Os deseo la mejor de las suertes a todos.

Le devuelvo la sonrisa. Mi sueño es convertirme en médica, a poder ser mundialmente famosa. Siento que, al estar aquí, en esta gran escuela, me encuentro un paso más cerca de alcanzar mi ambición. Me esforzaré al máximo en todas las asignaturas. Siempre.

Herr Hofmann se vuelve hacia el doctor Kreitz.

—¿Qué están estudiando hoy?

El profesor, sin decir nada, le muestra la cubierta de *La metamorfosis*.

Un gesto de horror cruza el rostro de herr Hofmann.

—Doctor Kreitz, ¿ha perdido la cabeza?

Él se encoge de hombros.

—Es un texto maravilloso, herr Hofmann. Perfecto para introducir los temas que vamos a abordar en este curso: el simbolismo, la metáfora, lo absurdo de la vida...

—Ya hablaremos luego —lo interrumpe con brusquedad herr Hoffman—. Entretanto, como bien sabrá, éste no es un texto apropiado para el estudio. Asegúrese de optar por un autor alemán adecuado la próxima vez. Buenos días, niños —se despide antes de salir del aula dando un portazo.

El doctor Kreitz se encoge.

Cuando regresa a su escritorio y se guarda *La metamorfosis* en la cartera, le tiembla la mano. Se pasa la lengua por los labios y nos mira, sin saber bien qué hacer a continuación. Todos hablamos a la vez, y él ni siquiera intenta imponer silencio.

Vuelve a recordarme a una rana, pero en este caso a una que ha muerto aplastada en una carretera concurrida.

Tomas ya me está esperando cuando salgo del colegio. Flaco, patilargo, lo veo apoyado despreocupadamente en el tronco de uno de los árboles altísimos de Nordplatz. Y no me da tiempo a salir corriendo, porque él me descubre enseguida y se acerca al momento. Choca conmigo y esboza su media sonrisa.

—Entonces ¿qué tal es? —me pregunta, y se vuelve un poco para contemplar el edificio.

Nos bloquea el paso un ruidoso grupo de alumnos mayores que cruza el césped de la plaza en dirección a Gohlis.

—Bueno, no deja de ser un colegio. Pero con más nivel y más estricto, eso es todo.

Tomas parece algo triste. Le encantaría matricularse también en mi colegio, si sus padres pudieran permitirse lo que cuesta. Aprobaría el examen de ingreso sin problemas, porque es muy inteligente.

—Se me hace raro que ya no viváis en nuestro bloque —me confiesa Tomas—. Está todo más vacío —añade, transcurrido un instante.

—No estamos lejos.

—Supongo que no. —Le cuesta un poco respirar mientras caminamos, y se detiene antes de atravesar Kirchplatz—. ¿Cómo es la casa nueva?

—Espera a verla —le contesto riéndome—. Después del piso... No te lo vas a creer... ¡Vamos!

Y me echo a correr, y dentro de mí va creciendo una burbuja de emoción.

Nuestra casa nueva de Fritzschestrasse tiene el tejado muy puntiagudo y dos chimeneas que se elevan al cielo como dos dedos gruesos. Hay cuatro hileras de ventanas. Podríamos tener una planta para cada uno.



—Es la casa más grande de la calle —comenta Tomas entre jadeos, mientras contempla impresionado la elegante construcción de ladrillo color arena con franjas negras. Lleva bastante despeinado el pelo, castaño claro, y las gafas de carey, de lentes gruesas, son como dos lupas de aumento que confieren a sus ojos el aspecto de los de un insecto. Arruga la nariz mientras calibra el tamaño.

Yo me crezco.

—Y ¿tiene jardín en la parte trasera?

—Pues claro. Ésa es mi habitación. —Le señalo la ventana del primer piso con balcón a la calle.

Debajo crece un cerezo viejo, precioso. Sus ramas alcanzan la verja de hierro y la acera, de un lado, y del otro quedan justo por debajo del balcón. Desde un banco hecho a medida, encajado bajo esa ventana, veo el cruce con Berggartenstrasse y casi la totalidad de Fritzschestrasse, hasta que la calle dibuja una curva a la derecha, cerca ya del piso de Walter, al que veo ir y venir.

—Debe de ser impresionante por dentro. —Tomas pega la cara a los barrotes de hierro—. Seguro que tiene dos escaleras. Y bodega. Quizá haya incluso una mazmorra con los huesos de un prisionero ahí metidos.

—No seas tonto.

—¿Puedo entrar? —pregunta Tomas.

Yo lo miro de reojo. Aunque han pasado sólo unas pocas semanas, parece que era en otra vida cuando él y yo jugábamos en la calle, frente al bloque de pisos en el que vivíamos los dos. Era mi yo de antes la que chutaba un balón y bajaba hasta el terraplén enfangado a ver los trenes que entraban y salían de la estación escupiendo humo.

—Hoy no —me oigo decir—. Lo siento. Tal vez en otro momento.

Empujo la pesada verja, que se abre con un chirrido, entro y, cuando la suelto, Tomas queda fuera, al otro lado. La

verja se cierra de golpe, y al hacerlo emite un sonido contundente y satisfactorio.

Ya en el vestíbulo de suelo de madera, donde reverberan los ecos de los pasos, dejo la cartera y me pongo a recordar el día de junio en el que nos mudamos.

—Voy a tener que contratar una cocinera, y una asistente a tiempo completo —dijo mi madre en el mismo sitio en el que me encuentro yo, contemplándolo todo con asombro. Casi me parece que llega hasta mí su perfume Vol de Nuit—. Es del todo imposible llevar una casa como ésta sin ayuda —añadió con la mano en el pecho.

Vati, tranquilo, sin inmutarse, vestido de manera informal con pantalones anchos y camisa abierta, me alborotó el pelo.

—Ésta es la residencia más codiciada de todo Leipzig. Como mínimo, una de las más admiradas —sentenció.

—Me encanta —recuerdo haber exclamado yo, sonriéndole y mirándolo a aquella cara suya algo flácida.

—Quién lo iba a decir, ¿verdad, Schnuffel? ¿Quién lo habría soñado? —preguntó mientras levantaba una caja y, de una patada, abría una puerta en mitad del vestíbulo—. Éste es mi estudio —anunció muy ufano antes de desaparecer en su interior.

—¿Puedo escoger dormitorio? —preguntó entonces Karl, al que le brillaban los ojos ante la idea de contar con una habitación para él solo.

—¿Por qué no? —respondió Mutti, y yo la seguí mientras ella hacía inventario de los muebles y de las obras de arte que los antiguos inquilinos habían dejado en la casa.

Me iba a costar mucho olvidar la primera vez que vi el comedor rojo y dorado; el luminoso saloncito de las tardes; los haces de luz sobre la alfombra y el imponente piano; la sala de día, de un azul muy pálido, con su gramófono en un rincón, y la galería, de bóveda acristalada, con sus muebles de mimbre y sus plantas tropicales. Nuestro piso de

antes habría cabido entero en el vestíbulo, y habría sobrado espacio.

Un arrebató de alegría me hincha el pecho como un globo y cruzo corriendo el recibidor, sigo por el pasillo de losas de piedra, paso por la gran cocina y el lavadero y salgo a nuestro jardín triangular, con una porción de césped en el centro, flores alrededor y un inmenso roble al fondo, todo iluminado por un sol esplendoroso. Por detrás de la casa no pasa ninguna vía de ferrocarril, como sí pasaba junto a nuestro piso de antes. No echaré nada de menos el traqueteo de los trenes que, en plena noche, camino de quién sabe dónde, agitaban mi cama.

Llego al fondo del jardín y alzo la vista hacia las hojas moteadas, hacia las ramas del viejo roble gigantesco. Aunque ya no vamos a la iglesia (Vati dice que nos distrae de nuestra causa principal y, además, a herr Himmler no le gustaría), yo sé que Dios me ha sonreído. Me ha regalado eso porque yo soy especial. Una cabaña en lo alto del árbol. Una cabaña de verdad. Maciza. Con su tejado y sus paredes. Una escalera de cuerda cuelga de un agujero abierto en el suelo de madera.

Espera a que lo vea Tomas. Se morirá de envidia. Me imagino la cara que pondrá y no puedo evitar la carcajada.